

El Chisme



¿Verdad que usted se extasiaba
viendo ese cuerpo tan rico
juguetando con el aba-
nico?

Ayuntamiento de Madrid

EN PAZ

I.

Luis y Angela, su esposa, eran amigos de Enriqueta y Pepe, también matrimonio, y es de advertir que esta amistad había nacido no de que Pepe y Luis se conocieran de antiguo, sino de que Angela y Enriqueta habían sido compañeras de colegio y amigas desde su mas tierna edad. Pero sucedía una cosa, y era que Enriqueta mantenía relaciones ilícitas con Luis, el cual encontraba repugnante, por más que no lo era, á su esposa Angela.

Enriqueta, enamorada de Luis, su amante, encontraba cargante y fastidioso hasta la saciedad á su esposo Pepe, y procuraba rechazarle ó cumplir de mala manera y como á disgusto sus deberes maritales, de forma que Pepe comenzó á cansarse de su mujer, y encontrando encantadora á Angela, fué dejándose chiflar poco á poco, hasta que vino á encontrarse enamorado perdidamente de la mujer de su amigo. Y aquí tienen ustedes dos amigos como lo eran Luis y Pepe, que el uno deshonor al otro en la persona de su mujer, mientras el engañado busca el medio, aunque sin saber que le engañan, de engañar á su amigo. Y en esta situación nos encontramos á ambos matrimonios en unos baños del extranjero, cuyo nombre he olvidado, y en los cuales baños, llevan ya un mes próximamente de estancia.

Y habeis de saber que tanto por esa mala costumbre de la alta sociedad, á la cual pertenecían, de vivir independientes marido y mujer, como por el estado de frialdad en que los esposos entre sí vivían, tenían cada uno de nuestros cuatro personajes su cuartito correspondiente, completamente separado del que ocupaba su consorte respectivo.

II

Pepe recibía desprecios y desprecios de su mujer, Enriqueta, y como al mismo tiempo encontraba cada vez más bella á Angela, y veía el abandono en que la tenía su marido, y oía las lamentaciones de ella, iba sintiendo al par que lástima por esta circunstancia una pasión cada vez mas intensa por ella, engendrada quizá por la misma simpatía que Angela le inspiraba, pues sabido es que nada hay más simpático que la desgracia. Y como además se iba cansando de su mujer á consecuencia de la frialdad con que ésta le trataba, y veía el mal pago que Luis daba á la suya, consideraba el buen Pepe que era muy justo el castigar á Luis y á Enriqueta, y que él y Angela se unieran, ya que la misma desgracia tenían, aunque fuera con un lazo impuro y vergonzoso. Para conseguir sus fines había empezado á poner en práctica esos medios que emplean los enamorados; mirada va, mirada viene, palabras de doble sentido, pintar con negros colores la conducta de Luis... y sin embargo Angela, maldito el caso que le hacía, y hasta una vez que Pepe se atrevió á declararle su pasión, le amenazó con decirlo á su marido si insistía en sus atrevidas pretensiones.

Una tarde se encontraban las dos amigas juntas y Angela expresaba su sentimiento á Enriqueta, por lo mal que con ella se conducía Luis. Enriqueta, deseosa de que si alguna vez llegaban á descubrirse las relaciones que con Luis mantenía éste tuviese algún pretexto acerca de infidelidad de su mujer, con el que poder disculparse, y pensando también en que si Angela se hacía culpable no podía recriminar á ella del mismo modo que lo hacía siendo inocente y pura, no vaciló en

aconsejar á su amiga que fuese infiel á su esposo y que castigara su desvío, toda vez que Luis se hacía merecedor á él. Pintó con vivos colores la mala conducta de éste, y expuso tales razonamientos, porque el mal es siempre elocuente, que la pobre Angela, harta de su marido y apreciando la perversidad que le impulsaba, comprendió como cosa lógica y corriente que debía tomar venganza de él, y olvidar al hombre que la despreciaba, aun cuando era su marido, por el que tanto la quería, como los de Enriqueta y Luis eran puramente carnales, supuesto que el puramente pueda compaginarse con el carnales.

III.

Aquella noche, y ya á ahora bastante avanzada, se encontraba Pepe en uno de los salones donde se reunía con varios amigos, y se lamentaba de que su mujer hubiese hecho voto de castidad, pretexto que ella puso, para evitar que su marido quisiera ejercer sus derechos.

—Sin embargo, —añadió, — todo es porque yo no la he querido violentar, que si tuviese empeño... ¿dónde habría ido á estas horas el dichoso voto!

—Está usted en un error, —objetó uno de los contertulios, — cuando una mujer hace ese voto, no hay quien la haga caer de su burro.

—Lo que es como yo quisiera...

—No sacaría usted nada, porque las mujeres son muy tercas.

—¿Vaya si sacaría!

—Lo que es con ella, no sacaría usted nada —le vuelvo á decir.

—A qué si?

—Qué apuesta usted?

—El almuerzo para los presentes.

—Va.

—Pues va.

—¿Y cuándo se ve eso?

—Ahora mismo. Nos vamos al cuarto de Enriqueta, —decía Pepe relamiéndose con el almuerzo que iba á ganar... y con otra cosa que no era comestible—, ustedes me esperan en la puerta, y yo entro...

—Bueno, consentimos en esperar á usted porque sabemos que no le adelantará nada; que sino, ¡un demonio le esperaríamos!

—Pues andando.

—Andando.

Aquella noche, la pobre Angela no pudiendo conciliar el sueño, arrepentida de lo que había hecho y pensando en su desgracia, empezó á sentirse mala y experimentó un dolor tan fuerte de cabeza, que deseosa de ver si se distraía y se le pasaba hablando con su amiga Enriqueta se dirigió al cuarto de ésta.

Enriqueta se turbó algo cuando la vió entrar, pero sin embargo, cuando supo que Angela quería pasar con ella la noche la invitó á acostarse en su lecho. ¡Qué contraste más hermoso ofrecían aquellas dos mujeres! Los rizos negros como el ébano de Enriqueta, se confundían con las doradas hebras que por cabellos te-

nía Angela; los ojos rasgados y expresivos que adornaban aquellos rostros ovalados, brillaban con fuego inusitado, en Angela por la fiebre que empezaban a dominarla, en Enriqueta por la lujuria, pues habéis de saber que después de media noche, entraría su adorado Luis, el marido de Angela á rendir culto al dios del amor, según costumbre que tenían todas las noches. Las dos estaban echadas sobre las sábanas, á consecuencia del calor fuertísimo que hacía, y sus pechos turgentes y blancos, que parecían cuatro palomas nubes, con el rosado botoncito en el centro, semejante al pico levantado del ave, las pantorrillas robustas, bien formadas, los brazos duros y torneados, al descubierto, y otros encantos incitantes en los que no quiero detenerme (y admirad mi fuerte voluntad) casi entreviéndose, serían capaces de hacer pecar al hombre más santo y más decidido á penetrar en el cielo tan puro como había salido al mundo.

Enriqueta apenas hablaba, preocupándose del medio que emplearía para que al venir Luis no lo descubriera su mujer; y tanto pensó, y tantos planes acarició, que al fin esa astucia que salva á las mujeres de los mayores peligros vino á darla un medio que ella consideró practicable y seguro. Y fué que con el pretexto de ver si Angela se dormía y se la pasaba el dolor de cabeza, la propuso que tomara dos píldoras de opio que ella tenía en la mesilla de noche. El remedio fué aceptado; Angela tomó el medicamento expresado, y como nuestros lectores ya conocerán los efectos soporíficos del opio, excusamos decir que poco después estaba profundamente dormida, Enriqueta sonrió con satisfacción, y segura de que Angela no despertaría fácilmente, esperó con impaciencia la llegada de Luis, no sin haber apagado la lamparita que les alumbraba.

No se hizo esperar mucho el amante, y poco después penetraba en la habitación.

—Silencio,— exclamó Enriqueta, que está aquí tu mujer.

—¿Pues cómo?

—Por esto.—Y Enriqueta le refirió todo lo que ya conocen nuestros lectores.

—Pues estaba por marcharme, porque...

—¡Qué! Si ha tomado dos píldoras de opio. No se despierta así como así. Lo que haremos será dejar la puerta entornada para que si se nota algo, puedas salir sin hacer ruido.

Poco después no se oían más que besos y palabras dulces.

Y pasado algún tiempo los dos amantes se durmieron fuertemente abrazados.

IV.

Las dos serían cuando Pepe entró en el cuarto de su mujer, resuelto á ganar la apuesta que tenía pendiente. Penetró á oscuras, y á oscuras también buscó el lecho, palpando el pecho de Angela, que á causa de las tinieblas tomó por el de Enriqueta. Sin decir una palabra ni encender luz, se acostó resuelto á sorprender á su mujer en el sueño y que cuando ella quisiera recordar fuera tarde ya, pues temía que si la despertaba, le impidiera con la oposición acostumbra da ganar la apuesta y le hiciera quedar en ridículo delante de sus amigos. Que Angela despertó y que agradeció las caricias con que tan inesperadamente se veía agasajada, no es de advertir, pues desde el primer momento conoció por la voz á su amante, y aunque este al saber que su mujer estaba allí, tuvo algún temor al principio, pudo más la carne que el pensamiento, á causa de lo excitado que estaba.

Los amigos que estaban fuera y tenían el oído aplicado á la puerta, para escuchar lo que Enriqueta y Pepe se habían de decir, oyeron el diálogo que entre éste y Angela medió, pues aunque hablaban muy bajo, por el silencio de la noche, se oía perfectamente, y deseos de conocer á la dama que se entregaba á Pepe, en la propia cara de su mujer, entraron con las luces iluminando la habitación.

Lo fuerte é inesperado del resplandor, despertó á Enriqueta y Luis, que en la misma cama dormían, y escuso decirlos la sorpresa de unos y otros al verse en aquellas posturas y de aquellas maneras, engañándose mutuamente.

—¡Miserable!

—¡Canalla!

—Y tú ¡infame mujer! ¡deshonra me en mi propia cara!...

Los testigos de aquella escena hacían grandes esfuerzos por contener la risa, y al fin pudieron calmar la furia de los dos maridos y de sus respectivas esposas. Alguno propuso que cambiaran las parejas entre sí; cada cual expuso la manera de resolver el conflicto, que el creía más acertada. Y el término de todo aquello no os lo puedo referir, porque una ocupación urgentísima me obligó al día siguiente á emprender el regreso sin presenciar el desenlace de tan ridícula aventura.

PENTAPOLÍN.

A una jamona fea

Quita allá, moderna Esfinge
que tu aliento apesta el aire
y no mires de soslayo
que me asesinas, cobarde.

Finges ser una pollita
y ni siquiera eres ave;
porque cuentas más Octubres
que santos un almanaque.

Eres facha de Antecristo,
antitesis de beldades,
basilisco de ilusiones
y engendro de los pesares.

Tu cara de plenilunio
semeja un rojo tomate
y en tu nariz sempiterna
una excrecencia te sale.

Tienes el andar dudoso
y tu voz cual de vinagre,
y en tu joroba espaciosa
bien puede montar un árabe.

Si con verte por defuera
siento escozor y clambre,
desdichado si mirara
cosas que no verá nadie!

¡Y á pesar de esos horrores
en verso quieres que te hable
y para colmar mi tedio
me pides unos cantares!

Séquese al punto mi diestra
si un verso llevo á endilgarte;
que no ha nacido mi musa
para un tipo semejante.

Retirate en tu aposento
y no vayas por las calles
que si un grabacho te pillas
te espondrá por los lugares.

Dando cox por cox al mundo,
disponete a vestir imágenes
y si el oficio no gusta
vé á vivir entre salvajes.

Un favor vi y á pedirte
antes que de aquí te largues
y es que me sirvas de escudo
contra apetitos carnales.

Ven y nuestrate cual eres
cuando me tienta el diantre
que te juro morir virgen
si otra vez vuelvo á mirarte.

G. MINDO.

BAÑISTAS



TIPOS ARTÍSTICOS. POR REVU

(Copia de un cuadro de A. Aublet, por Revu.)

Un capricho

Era la bella María
tan caprichosa y tan rara,
que el marido que tenía,
bien á su pesar, veía
que le costaba muy cara.

Excelente como esposa;
más tan rara y veleidosa,
que si entraba en un bazar,
no tropezaba con cosa
que no quisiera compar.

Un día se la ocurrió
retratar sus perfecciones
y sus bellísimos dones,
aunque ya se retrató
en otras mil ocasiones.

Y queriendo conservar
sus formas reproducidas
no vaciló en enseñar...

aquello que han de guardar
las señoras bien nacidas.

Un fotógrafo barato,
pere artista inteligente,
prestóse á hacer el retrato
y ella fué inmediatamente
á pasar aquel mal rato.

Y desde cuello á cintura
que lo al aire la hermosura
de su cuerpo angelical,
imagen del ideal
que persigue la escultura.

La perfecta redondez
fresca y mórbida á la vez
de su cuerpo exuberante
aparecía radiante
de hermosura y esbeltez.

El fotógrafo la vió

y admirado se quedó
tales formas al mirar,
pero lo disimuló
y la empezó á retratar.

Yo no dudo que la hermosa
fuese honrada y virtuosa
y no digo que no fuera
un modelo como esposa
y todo lo que se quiera,
pero pude averiguar
que cuando ella fué á pagar
trabajo de tanta estima...
¡el no la quiso cobrar
y dió las gracias encima!

TIMOTEO DE LIMA.

¿Por quien me toma usted?

I.

Vaya, disfracémonos:
Me vestiré pobremente,
y pediré humildemente
amor, por amor de Dios.

Me divierto de verdad
si me llega á conocer
el duque... ¡Diablos! ¡iré á hacer
alguna barbaridad!

No me deja hueso bueno
si me vé el bárbaro esposo...
Señor ¡porqué es tan sabroso
el fruto del huerto ageno?

Se que tú, oh mundo, dirás
que ahogar debo mi pasión,
pero ya en mi situación,
¿quién diablos se vuelve atrás?

Qué hombre medio regular
si una duquesa le adora
le da un feo á una señora
y la deja en mal lugar?

Si os ofrece la ocasión
¡qué borrico no la atrapa?
Y es guapa... vaya si es guapa
la Dupuesa... ¡de pistón!

¡Y como la amo! Me inmuto
solo con verla á mi lado,
porque estoy enamorado
lo mismísimo que un bruto.

¡Ay, Duquesa, si supiera
usted lo que se la quiere;
y que hay aquí quien se muere,
solo porque usted le quiera!...

¿Y como no?.. Labios rojos,
mano de niño, pié breve,
cuello de rosas y nieve,
y unos ojos... ¡qué par de ojos!

No hay quien el fuego soporte
de los ojos de mi amada:
un rayo de su mirada
fundiría el Polo Norte!

¡Ajajá!.. Ya he terminado,
ya hice mi *toilette*, ya estoy.
Pues señor creo que voy
un poquito estropeado...

Puse tal tenacidad
en presentarme humillante
que parezco, más que amante,
pobre de solemnidad.

Parezco un santo devoto...
me pinté ya demasiado!..
Cáspita, qué demacrado!..
Caracoles, y qué roto!..

Vaya, estoy desconocido:
Con que... en marcha; son las dos.
Ahora... que me libre Dios
de que me encuentre el marido!..

¡Andando... ¿á qué vacilar?
¡Recórcholis, voy temblando!
Dios mio... ¡valor! (*Cantando*)
¿Por quéé... *poor quéé... temblaar?*

II.

¿Está la señora?

—Si.

—¿Puedo verla?

—Nun señor!

—Pues ¿cuando tendré el honor?..
—Venga á las tres pur aquí.

—¿Puedo verla ya?

—Sigún

me enteraré. Güelva usted
luegu á las cuatro, porque...
nun se ha levantado aun.

—(¡Ya van tres veces con esta!)
¿Se levantó ya?..

— Tampocu:

Creu que se encuentra un pocu...
ligeramente indispuesta.

—(¡A ver si hoy al cabo puedo!..)

¿Está mejor la señora?

—Si señor!

—¿Puedo verla ahora?

—¡Si se marchó de pasedo!

—Y hoy... ¿recibe?

—Veré,

voy á pasar el recadu:

aguardeme usté... sentadu.

—(¡Demonio! lo haré de pié...)

—Mas suerte que algun Usia
ha tenido cun Vucencia...

Señora... Demanda audiencia
el pobre del otro día.

—(¡¡Qué atun!! Solo falta ahora

que ella no entienda este horror:

¡Dios mio, tengo un temblor!..)

Dá usted... permiso... señora?

Perdón... señora... no... sé...

mi altivez... mi atrevimiento...

—Puede usted tomar asiento.

—¡Que Dios se lo pague á usté!

—¿Qué desea?

—No... me atrevo...

no es posible que me a... treva...

señora, no sé... si deba...

señora, no sé... si debo...

—(¡Qué tipo!.. Parece tonto!)

—Vo... señora... no me... esplico...

—Caballero: le suplico

que procure acabar pronto!

—Perdón... señora... perdón...

si, señora, ya me voy...

más vea usted... como estoy...

vea usted mi situación...

Comprenda usted que deliro...

que mi vida es harto cara...

que si usted me desampara

tendré que pegarme un tiro!

Sin su afecto, mil dislates

me hará hacer mi sangre ardiente...
(Una criada de enfrente;

No me ma...tes, no me ma...tes!..)

Vea usted que estoy enfermo,
que solo disgustos tomo,
que yo ni duermo ni como,

que yo ni como ni duermo!..

Que yo no me vi jamás

metido en este belén...

que me desespero...

—Bien:
no es preciso que hable más;

y pues que tan mal se vé

y su estado es tan precario,

vea usted á mi secretario...

¡y que él le socorra á usted!

—¿ !!

GIL.

EPIGRAMAS

—Hola, amiguito Conrado.

¿qué tal vas con las tercianas?

—Chico, ya hace dos semanas
lo menos que no me han dado.

—¿El vizconde?—Se ha marchado.

—(Después de hacerme venir...)

¿Y no sabe V. por donde?

—No se lo puedo decir.

—Caballero...—¿Qué se ofrece?

—¿Tiene fuego?—Sí que tengo.

—¿Hace usted el favor de darme?

—Hombre, si es usted tan feo.

Aniceto por Miguel

pelaba, siendo soltero,
la pava de noche. Pero,
de casado ella la pela.

Juan y Pedro disputaban

delante de la mujer

del primero.—Usted es un pillo.

—Y usted no es hombre de bien.

—Lo que tiene usted una lengua

muy larga:—*Miuste* que diez,

la mujer interrumpió,

¡más larga la tiene usted!

A la mujer de Parreño

preguntó ayer Escalada:

—¿Qué chorizo más le agrada

el de Vich ó el extremeño?

Mas como no ha gran soltura

en el habla, con apuro

por decir de Extremadura

respondió de Extremoduro.

Pondrás mi nombre en el sobre

dijo á Petra Nicanor,

cuando escribas, llanamente

y sin bombo. Y respondió

ella:—¿Sin el don sin duda

querrás decir ni el señor?

—Precisamente.—¿Y por qué?

—Porque no quiero con don.

LA MORROS

Chismes y cuentos

Agradecemos en el alma el interés con que muchos
lectores de EL CHISME nos escriben deseos de saber
el resultado de la denuncia que pesó sobre el 2.º nú-
mero de nuestra publicación, el de las hojitas aquellas
de marras, digo, de parra.

Por ser muchas las cartas recibidas, no podemos con-
testarlas particularmente y además porque no podria-
mos decir nada de particular, puesto que de lo que ha-
bía sucedido ya dimos cuenta, y desde entonces nada se
nos ha notificado ni nada nuevo hemos vuelto á saber.

Ni siquiera si habrán denunciado á *La Semana Có-
mica* que gasta ahora unos desnudos que ni la disculpa
de la hoja de parra tienen.

Por supuesto tal vez á los amigos de la moral les
gusten más por eso.

✱

El capitán Barrionuevos

le gritaba á su asistente.

—Cuando esté el agua caliente

meta usted en ella los huevos!

K. D. T.

✱

Otro sí.

Sabemos que muchos compradores de EL CHISME
se quejan de que el periódico no vaya tirado en verde,
pero en un verde muy rabioso, en el verde mas subido
que haya, vamos.

¡Señores! ¡Y hoy que habíamos vestido EL CHISME
de negro por aquello de que en la variedad está el gus-
to!...

En fin, todo se andará y ya procuraremos complacer
á Vdes.

Pero como antes de que Vdes. dijeran eso, ya se ha-
bían quejado de lo contrario una porción de gacette-
ros que habían cogido por su cuenta EL CHISME...

Tuvieran ó no razón

sin mirar si era ó no justo

EL CHISME en esta ocasión

les ha querido dar gusto.

✱

Por hallarse sufriendo una fuerte indisposición *Canuto
Delgado*, no podemos publicar hoy su acostumbrada
Crónica semanal.

Pidanle Vds. á Dios que se alivie pronto y sobre to-
do que no se ponga nunca enfermo antes de haber he-
cho la Crónica: despues... ¡vengan catarros!

✱

—Acúsome padre mio

y el decirlo me avergüenza,

que le enseñé el otro día

á mi novio un par de medias.

El se empeñó.. —Basta hija;

cosa es esa bien pequeña

y al hacerlo no faltaste...

—¡Es que las llevaba puestas!

—No es fácil que me lo meta

ni menos que yo lo aguante.

pues de un modo atroz me aprieta..

—Estese usted un poco quieta,

verá si le viene el guante.

K. D. T.

Imp Arco del Teatro, número , pasaje, Barcelona

NIÑERIAS, POR CHISMITO.



—¿De veras, no sabes todavía lo que es EL CHISME?
—No pero... (¡te veo besugo!)

ANUNCIOS

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO

EL CHISME

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad — Plaza de Santo Domingo

AGENCIA ALMODOBAR

Se recomienda por la prontitud, inteligencia y economía con que gestiona toda clase de asuntos jurídicos y administrativos.

EMBAJADORES 10. — MADRID

UNICO EXPENDEDOR

AL POR MAYOR

DE

EL CHISME

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Fores, frente á la calle del Hospital

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los martes y colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

NO ADMITE SUSCRIPCIONES

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.

Id. atrasado. 25

Redacción y Administración: Tallers, 48 bis, primero izquierda

HORAS DE DESPACHO

DE TRES Á CINCO DE LA TARDE, TODOS LOS DIAS LABORABLES